

Entre Alalía y la ley: mediterráneos

POR
JOAN F. MIRA

Después de casi una vida leyendo y explicando mis clásicos griegos, y mirando desde la orilla contraria el mismo mar que miraban ellos, no estoy nada seguro de que la historia de este mar nos haya unido a ellos y a mí más que mis lecturas de sus libros. Quiero decir que, siendo yo bastante “clásico” de formación y profesión y viviendo a la orilla de este mar que fue el centro de nuestro mundo, sin embargo, no creo en esa supuesta “mediterraneidad” más o menos general y unívoca que ya es sobre todo una moda aunque pretende ser un concepto de la cultura y de la historia. Dicho de otro modo, mi percepción es más bien que este Mediterráneo común no es tan común como el tópico supone. Lo que llamamos “Mediterráneo” incluye, por supuesto, unos ciertos “modelos” geográficos y agrarios repetidos, un amplio marco para los intercambios comerciales, humanos y genéricamente históricos, y algunas cosas más que sería prolijo enumerar. Nada de todo ello, sin embargo, ni todo junto, es suficiente para justificar el tópico de la “cultura mediterránea” como una sola “área” o modelo o como quiera llamarse, ni para evocar hipotéticos tiempos de armonía y unidad perdidas y añoradas. Entre otras cosas, porque aquí no ha habido más unidad que la del Imperio Romano y fue un paréntesis, y no creo que a nadie, excepto al señor Benito Mussolini, se le haya pasado por la mente la posibilidad de restaurarlo en este siglo.

ALALÍA

La “unidad”, si uno repasa la historia, no ha sido precisamente lo que ha definido las relaciones, las oposiciones y los conflictos entre las orillas occidentales y orientales, del norte y del sur, que rodean este mar que los romanos ya llamaron “nuestro”. No ha sido un espacio común, como un crisol, donde se funden en un solo molde o una sola forma componentes de un solo modelo de cultura, de vida, de arte o de política: más bien ha sido un marco para la sucesión, la superposición y sobre todo para el contraste y oposición de formas y modelos. Cosa que viene ya de tiempos muy antiguos y que, como cualquiera puede comprobar leyendo la prensa, no ha terminado todavía: una historia que se abrió hace muchos siglos y que no lleva camino de “cerrarse” en un futuro previsible. La narración puede comenzar, si uno se torna la molestia de repasar la *Historia de las guerras del Peloponeso* de Tucídides (que es mi prosista griego preferido), más o menos así: “Entonces los focenses fundaron la colonia de Marsella y vencieron a los cartagineses en la batalla naval de

Alalía". De modo que hubo un tiempo, allá por el siglo VII antes de Cristo, en que una gente griega había llegado por la ribera norte del mar hasta las bocas del Ródano y una gente fenicia establecida en el norte de África había llegado también, por el sur, a estas partes occidentales del mismo mar. Se enfrentaron, aquel día ganaron los griegos, provisionalmente, y después todo ha sido bastante complicado.

La batalla de Alalía tuvo lugar en las costas de Cerdeña, y para recordarla hay que mirar el mapa, observar de dónde venían los griegos y los cartagineses y, a partir de aquí, tener muy presente que la historia de este mar y de las tierras que lo rodean es una antícuísima sucesión de relaciones, más frecuentemente hostiles que otra cosa, entre tres continentes y cuatro puntos cardinales. Cosa que significa también coincidencia y hostilidad, choque y combinación entre civilizaciones, religiones, culturas, modelos políticos y formas de entender la vida. Y, si ustedes admiten el pequeño exceso de simplificación, es una historia que se puede mirar como un péndulo que se mueve —casi inexorablemente, pero no, por supuesto, mecánicamente ni con regularidad de cronómetro— de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, o de oriente hacia occidente y al contrario. No sé si el primer movimiento del péndulo fue el raptó de la bella Europa a lomos del toro Zeus, pero sería muy hermoso que así fuera. Agenor, rey de Tiro, tenía una hija muy guapa, Europa de nombre, de la cual se enamoró el soberano del Olimpo y, como era su costumbre en estos casos, se disfrazó para conseguir sus altos propósitos de seducción. Asumió, pues, la forma de un toro blanco bellísimo que se presentó a la muchacha un día que esta paseaba por la playa; y tan manso y atractivo era el animal que la chica se montó en su lomo, y entonces el toro se lanzó al mar con Europa a cuestas y llegó nadando hasta la isla de Creta. De la unión de Zeus con la asiática Europa raptada nació Míno —que es como decir el reino de Creta en medio de nuestro mar— y de la esposa de Míno y otro toro divino nació el Minotauro. Y de ahí vino el laberinto de Dédalo, y el hilo de Ariadna, y Teseo el ateniense que mata el monstruo y libera Atenas y la pone en disposición de ser la poderosa ciudad que había de ser. Pero si volvemos a la ciudad asiática de Tiro, hay que recordar también que de allí salió el príncipe Cadmo, hermano de Europa, a buscar por toda Grecia a la princesa raptada; no la encontró, pero Apolo le ordenó que siguiera a una vaca hasta donde esta se tumbara a descansar, que fue el lugar donde Cadmo fundó la sagrada ciudad de Tebas —patria después de Edipo y demás familia nuestra—, pero la gente de por allí era ignorante y ruda, y fue Cadmo el fenicio quien les enseñó, entre otras cosas, el arte de escribir, es decir, el alfabeto. Simplifiqué unas historias muy complicadas, pero ya se ve que el esquema del mito significa no solo que Europa viene de Asia, sino que de aquella costa fenicia vinieron también los linajes legendarios de Grecia, fundadores de ciudades y portadores de letras escritas.

Algo menos antiguo, pero no mucho, fue el primer gran viaje en sentido contrario, el de los griegos a las costas de Asia: Paris de Troya, que seduce a Helena con ayuda de la diosa (la princesa “Helena”, simplemente “la griega”), y se la llevan a Asia, y de aquí la expedición y guerra posterior de los griegos contra los troyanos, si es que tal guerra fue real (*La guerre de Troie n'aura pas lieu* era el título de una obra de Giradoux en 1935; pero sí que tuvo lugar), y lo fue para Homero, que es lo que cuenta. O quizá más antigua fue la relación de Creta con Egipto, o de las hijas de Egipto con Grecia, pero todo esto ya se sabe que es muy confuso, y además la Atlántida se hundió y nadie la ha visto. Hércules, y eso sí que parece del todo asegurado, vino hasta las puertas de occidente a poner un poco de orden, a robar los toros del Sol y a llevarse o comerse las manzanas de las Hespérides, tierra de la tarde, a luchar con el gigante Atlas que dejó su nombre a unos montes y al océano y, sobre todo, a abrirnos este extremo del mar y a dejar como límite y marca sus columnas famosas a un lado y otro del estrecho. Eso sí, luchando siempre contra enemigos locales de todo género y humor, que nunca los viajes míticos o históricos de una parte a otra de este mar entre tierras fueron demasiado pacíficos.

En fin, sí que sabemos, y no por la fe en los mitos, que la batalla de Alalía fue el 535 a. C., y este combate naval puede considerarse como el primer enfrentamiento histórico y simbólico entre colonizadores griegos y cartagineses, es decir, mirando las cosas con nuestra perspectiva tan lejana, entre afroasiáticos y occidentales. Los cartagineses, en todo caso, eran fenicios de África, semíticos y de origen “oriental”; los focenses de Marsella eran griegos, y con eso está todo dicho. En Alalía, en las costas de Córcega, ganaron los focenses, pero de poco les sirvió porque eran escasos en número y estaban muy lejos de casa. En todo caso, era el primer *round*. El segundo asalto o movimiento, y el primero de gran envergadura, fueron las guerras Médicas, con Maratón y “la gloria de Salamina”, la defensa increíble y el contraataque de todos los griegos contra los poderosos persas que, además, contaban con el apoyo de la gran marina fenicia. Sin olvidar que, exactamente al mismo tiempo, los cartagineses atacaban las ciudades griegas de Sicilia, y Heródoto y la tradición nos mandan creer que la victoria de los griegos sicilianos en Himera fue el mismo día que la de los griegos atenienses en Salamina. Y cuando Píndaro, en la *Primera Pítica*, recuerda Himera, dice que aquella victoria “liberó a la Hélade del peso de la esclavitud”. Así lo vieron ellos, y es cierto que el triunfo contra persas, fenicios y cartagineses (¡contra gentes de oriente y del sur!) hizo posible que Grecia quedase fuera del gran imperio asiático y de la esfera fenicia, y seguramente por eso tenemos a Sócrates y el Partenón, las tragedias y las comedias, el *Discóbolo*, la filosofía de Platón, el racionalismo aristotélico, la democracia urbana y una cierta idea de literatura y de política.

El tercer movimiento, para ir simplificando y acelerando la historia, es la guerra de Alejandro contra los persas y la expansión del helenismo por Egipto, Siria y Asia Menor: es un asalto del oeste hacia el este y su propio éxito se produjo a costa de reducir o suprimir el modelo original de la *pólis* y sustituirlo, en buena medida, por el esquema “oriental” del reino sometido a un fuerte poder central. El cuarto asalto, en dos tiempos, serían las guerras Púnicas entre cartagineses y romanos —sucesores de los griegos en el Mediterráneo occidental—, y a continuación la conquista romana de toda la ribera africana y de las regiones de oriente y de occidente (y por un momento parecía que “occidente” se extendía ya desde el Atlántico hasta los límites de la antigua Persia). Pero continuemos: el quinto movimiento, no tan conocido, significa que “oriente” no se resignó a una sumisión pasiva, y los sasánidas, sucesores del viejo imperio persa, no dejaron de poner en peligro los límites asiáticos de la romanidad o la helenidad, con guerras continuas en tiempos de Juliano (el llamado “apóstata”), de Teodosio o del bizantino Justiniano. Aunque, mientras tanto, el “modelo oriental” de gran monarca cuasi divino, rodeado de una corte ritual y fastuosa, y en un reino o imperio de simples súbditos, no de ciudadanos, ya había encontrado su forma occidental en Diocleciano, en Constantino, en Teodosio, y en sus sucesores en Roma y en Bizancio. El sexto asalto, fulminante, vino del este al oeste bajo la forma de la imparable ofensiva y expansión militar del Islam, desde Asia, por África, hasta Hispania y Sicilia: con su centro en Bagdad, fue la extraña y efficacísima combinación entre nómadas semitas del desierto y las muy antiguas estructuras del reino de Babilonia y del imperio Persa. El séptimo, ahora de norte a sur y de oeste a este, fueron las sucesivas cruzadas de la cristiandad europea y la expansión marítima y comercial de venecianos, genoveses y catalanes por todo el Mediterráneo oriental, al mismo tiempo que Bizancio veía reducida al mínimo la superficie de su imperio (una curiosidad literaria: la unidad del imperio Romano, o más exactamente romano-cristiano, únicamente fue restaurada en la fantasía del autor de *Tirant lo Blanc*: Tirant es un europeo occidental que no solo pudo heredar el trono de Bizancio, el “imperio griego”, sino que en sus últimas aventuras conquista y convierte todos los reinos musulmanes desde Egipto hasta el Atlántico).

El octavo asalto, de sur a norte y de oriente hacia occidente, es la expansión del imperio turco, que entre los siglos XVI y XIX llegó a extenderse desde el Magreb y Arabia hasta el Danubio (y aquí, otra curiosidad, ahora histórica: solo la obstinación de un papa valenciano, Calixto III, hizo posible que en 1456 el conquistador de Constantinopla fuera derrotado cuando sitiaba Belgrado y cuando, si hubiera conquistado esta ciudad clave, hubiera tenido abiertas las puertas de toda la Europa central; pero de cosas como esta, ¿quién se acuerda?, ¿y quién se acuerda de que fue precisamente nuestro Papa quien, con ocasión de la inminente amenaza turca, instituyó el rezo del *angelus* y el toque de la campana al anochecer, uno de los “momentos compartidos” más

comunes y emblemáticos de la cristiandad occidental?. El noveno movimiento del péndulo fue la ocupación de todo el norte de África y, después de Siria, Palestina y Mesopotamia, por parte de las potencias industriales y coloniales europeas, entre el principio del siglo XIX y la mitad del XX: por primera vez desde los tiempos de Roma, el Mediterráneo, desde la perspectiva europea, volvía a ser de hecho un *mare nostrum*. Y el décimo *round* o movimiento significa el rápido final de esa ilusión. El acto o asalto, último de momento, que ahora contemplamos, no sé si en primera fila o ya dentro del *ring* o escenario, está compuesto por la independencia de los países islámicos del Mediterráneo meridional y oriental, la retirada lenta o expulsión violenta de la población europea de esos mismos países (pueden visitar Tánger, Argel o Alejandría: ilustra mucho sobre algunas aplicaciones del concepto de desastre), el conflicto árabe-israelí, la democracia frente a teocracia fundamentalista o feudal, el control policial o económico y descontrol demográfico, la emigración y presiones políticas, y todos los demás elementos que componen el flujo de tensiones entre el norte y el sur, el este y el oeste de esta muy unida y desunida sucesión de tierras alrededor de un mar.

No sabemos cómo quedará o parará este último y confuso movimiento del antiguo péndulo (de momento, en Europa ya se habla mucho árabe y crecen minaretes al lado de los campanarios), ni sabemos si será el último, ni si el antiguo “combate” acabará algún día y, si acaba, quién lo habrá ganado por puntos. Tampoco se trata, por supuesto, de que, desde esta orilla, estemos autorizados a pensar que los “buenos” han sido siempre los mismos, y mucho menos que hayan sido siempre los “nuestros”: difícilmente se pueden considerar “buenos” los cruzados en Palestina o los franceses en Argelia, por ejemplo. De lo que se trata —si es que se trata de algo— es de renunciar a la fantasía o la añoranza de un mar históricamente armónico y fraterno, donde supuestamente, y desde el tiempo de los fenicios y los griegos, todos hubiéramos sido más o menos una misma cosa. Se trata, sobre todo, de saber que la historia va arriba y abajo, que a veces se repite bajo diferentes capas o vestimentas, y de constatar que hay oposiciones que son muy profundas y vienen de muy lejos, desde la guerra de Troya o desde la batalla de Alalía. Y si alguien piensa que con todo esto lo que hago es simplificar intolerablemente, quizá tenga razón. Pero, suponiendo que los mitos clásicos escondan alguna verdad, por lo demás no he escrito ninguna mentira.

LA CONSTITUCIÓN

Cuando Heródoto nos cuenta sus viajes por tierras del imperio persa, explica su extrañeza ante tantas costumbres diferentes a las griegas, cosa que es del todo natural. Entre estas prácticas poco comprensibles para un griego (“*Comment peut-on être*

persan?”, se preguntará muchos siglos más tarde Montesquieu) hay dos que siempre me han llamado la atención: que los dioses de los persas no tienen forma humana y que cuando un persa encuentra a otro persa de clase superior le saluda con una profunda inclinación y, en casos de diferencia extrema, arrodillándose e incluso doblándose hasta el suelo. Un griego nunca pensó que fuera posible postrarse ante otro griego. Y un romano tampoco, al menos un romano de la república. Y si los persas “adoran” a su rey y ofrecen sacrificios y oraciones en su nombre y beneficio, ciertamente esto solo ya los distancia abismalmente de los griegos. Heródoto, en todo caso, sabía que el despotismo, la monarquía, la tiranía y unas pocas variantes de estas instituciones universales han sido las formas digamos más habituales de organización política de las sociedades humanas antiguas y modernas. Y nosotros, que conocemos más pueblos y sociedades que Heródoto, y sabemos más historia, también podemos comprobar que, en cuanto “superan” (“superar” es un inevitable prejuicio nuestro) el estadio más bien anarcoide de grupos mínimos y dispersos —hotentotes, bosquimanos, pigmeos, amazónicos, esquimales y otras sociedades liberales y próximas al paraíso perdido—, parece que los humanos han manifestado una irrefrenable tendencia a dotarse de patriarcas, jefes supremos, dictadores, reyes divinos y, en general, de una casta de individuos que ocupan y acaparan el poder sin tener que responder ante nadie que no sea algún dios o, eventualmente, “ante la historia”. Son personajes como los faraones, los reyes de Babilonia o de Persia, los califas, los emperadores de la China, los maharajás, los borbones, los Habsburgos o cualquier ridícula modalidad local, que tienen una habilidad común y reconocida: ser obedecidos, no ser criticados (o no serlo sin riesgo grave), y encarnar —hacer y ser— la ley. Entre los pueblos que nos tocan de cerca, parece que solo los griegos, por lo menos algunos griegos, y durante algún tiempo, fueron capaces de inventar otra cosa. Y los romanos, a su manera rígida y senatorial, también, aunque no exactamente la misma.

“Existen toda clase de inventos”, dice Demóstenes en la *II Filípica*, “para proteger y asegurar las ciudades, como son las estacadas, murallas, fosos y otras cosas semejantes. Todo eso se ha de construir con las manos y requiere muchos gastos. Pero la naturaleza, en los hombres razonables, tiene en ella misma una salvaguardia común, que es una excelente protección para todos, pero especialmente para las democracias frente a los tiranos. ¿Y cuál es? La desconfianza. Guardadla, pues, aferrados a ella: si la conserváis, no habréis de sufrir ningún mal. ¿Qué deseáis?, ¿la libertad? Entonces, ¿no veis que los títulos de Filipo son lo más contrario a ella? Los reyes y los tiranos, todos son enemigos de la libertad y adversarios de las leyes”. Los griegos, además de inventar la democracia y el teatro, inventaron la ironía, especialmente aplicada a la política. Por supuesto que también inventaron la política misma, y no únicamente como arte de conquistar y mantener el poder con algún apoyo público y

civil, sino como ocupación consistente en ocuparse de la polis. No era pequeño invento: para un ateniense del tiempo de Demóstenes, la ciudad y la república, que es tanto como decir la vida civil organizada, significan democracia, que quiere decir poder del pueblo, que quiere decir libertad del ciudadano y supremacía de las leyes. Un curioso descubrimiento de un pequeño pueblo del Mediterráneo europeo. De eso vivimos todavía, cuando podemos, en esta parte del mundo que llamamos “occidente” por llamarla de alguna manera. No sé si algún abogado (si es que los había fuera de Grecia, y Demóstenes lo era) o algún filósofo asirio, egipcio, babilonio, chino, japonés o persa había dicho nunca en público que los reyes y los tiranos son enemigos de la libertad. Pudiera ser, pero entonces es muy probable que lo hubieran decapitado *ipso facto*, sin más descendencia intelectual ni más trascendencia para la historia de las ideas. Estoy seguro, sin embargo, de que nadie antes de los griegos había dicho que los reyes y los tiranos son adversarios de las leyes. Porque esta es la cuestión, y no solo para Demóstenes frente a Filipo: que la libertad está en las leyes que el pueblo se da a sí mismo. Es una idea simplemente inconcebible, antes de ser concebida allá donde pudo serlo. Un egipcio, un chino, un persa, etcétera, no podían pensar este pensamiento: que la ciudad o el Estado, el pueblo de ciudadanos, la democracia, la libertad y la ley, son una misma cosa. No muchos años antes de los discursos de Demóstenes, Lisias, otro abogado, ya identifica sistemáticamente la democracia como régimen político con *tó pléthos*, “la multitud” o “el pueblo”, como protagonista y depositario del poder. Y, en cuanto a la equivalencia de “ciudad” y “ley”, Platón la pone en boca de Sócrates de manera explícita. Sócrates ha sido condenado injustamente a muerte y sus amigos le preparan la huida antes de la ejecución. Pero él dice que no. Dice que imagina que si quisiera escaparse “se presentarían delante de mí las leyes y el común de la ciudad y me dirían: ‘dinos, Sócrates, ¿qué pretendes hacer?, ¿no es cierto que con esta acción que intentas, lo que te propones es destruimos a nosotras las leyes y a la ciudad entera’” (*Critón*, 50b). Los amigos de Sócrates eran jóvenes de casa rica, habían comprado y pagado a los carceleros (soborno, prevaricación, tráfico de influencias, etc., cosas muy normales) y además el tribunal que había condenado a Sócrates era absolutamente impresentable. En cualquier caso, ustedes y yo, en el lugar de Sócrates, habríamos escapado de la prisión. Y por tanto, no nos habríamos hecho famosos y nadie nos pondría como ejemplo durante siglos y siglos. Pero la cuestión no es esta, sino otra: la cuestión es que Sócrates no quiere escaparse porque eso va contra la ley (una ingenua forma de heroísmo intelectual), y porque “quien destruye las leyes destruye la ciudad”. Así pues, la sustancia de la ciudad, es decir, del Estado, son las leyes: no la tierra, la sangre, el monarca, los dioses o los patriarcas, sino las leyes. La *patrís*, la patria, de Sócrates es en primer lugar el pequeño Estado que es la *pólis*, y ese Estado, a su vez, es y consiste en sus leyes. “Mi

patria son las leyes”, pudo decir Sócrates, adelantándose muchos siglos a un modernísimo, y con frecuencia bien ambiguo, “patriotismo constitucional” tan abundantemente predicado y teorizado en este final del siglo XX.

Aquella idea de que la sustancia del Estado son las leyes, parece ahora la cosa más elemental del mundo, pero hace dos mil quinientos años no lo era en absoluto. No es tan fácil producir la idea de que las leyes forman, son o constituyen el Estado. Pero sin esta idea, simplemente, el concepto mismo de constitución es imposible. Alguien pensará seguramente que eso, igual que lo dijeron los griegos, podía haberlo dicho cualquier otra gente. Yo creo que no: eso tan solo podía ser concebido, en el siglo V y IV antes de Cristo, por un pequeño pueblo del Mediterráneo noroccidental que vivía en comunidades de ciudadanos libres. O mejor dicho, por la pequeña parte de ese pequeño pueblo que vivió en ciudades que se llamaron libres. Sin casta sacerdotal, ni reyes, ni patriarcas, ni teología dogmática, ni libro sagrado. Después, el invento no funcionó durante muchos siglos y la misma invención paralela de la república romana acabó evolucionando hacia el modelo monárquico-litúrgico oriental que, durante tanto tiempo (de Bizancio hasta los reyes de la Europa medieval, consagrados y coronados, y hasta Felipe II, Luis XIV y los zares de todas las Rusias), pareció, no solo el único eficaz, sino el único posible. Como si la imagen y la realidad del *Basiléus*, el gran rey de Persia, que en Heródoto produce tanta fascinación como recelo, hubiera triunfado, a pesar de Salamina y Maratón, sobre la realidad y la imagen de la *pólis* y la ley. Y quizá sea una casualidad, pero yo no lo creo, que un cierto espíritu de Europa —de la Europa “occidental”, por entendernos— comience a cobrar vida en las ciudades medievales italianas autónomas o semiautónomas, donde por cierto, y por primera vez, existió algo llamado universidad, que era, en su primer origen en Bolonia, un lugar donde se enseñaban y estudiaban leyes. O puede ser también casual, aunque tampoco creo que lo sea, que las primeras constituciones democráticas modernas —la constitución como código legal, elaborado por representantes de un pueblo que se llama precisamente “soberano”— sean producto ideológico y político de una época, como fue la segunda mitad del siglo XVIII, que llamamos en muchos aspectos “neoclásica”: el tiempo de la Revolución Americana del 1776, y de la Revolución Francesa del 1789, es también el tiempo de la fascinación por la helenidad antigua en Lessing, Winckelmann o el joven Goethe, por no hablar de las tragedias de Alfieri, la poesía de André Chenier o la difusión de una arquitectura academicista que vuelve a los modelos grecorromanos descartando la ornamentación barroca o recubriendo el interior de casi todas las iglesias que entonces se llamaron góticas, es decir bárbaras. Fue cuando Jefferson se construyó en Virginia su casa neoclásica de Monticello (como griega y romana es tanta arquitectura pública y privada de los Estados Unidos del XVIII y el XIX) y cuando las damas del París

republicano, “consular” o imperial se vestían con una especie de túnicas o peplos de lisos pliegues verticales. Y Paulina Bonaparte es inmortal en tanto que “Venus victoriosa” en el mármol puramente helénico de Canova. Ni que decir tiene que de todo ello salieron bastantes constituciones, con rey o sin rey que jurase guardarlas, pero no podía salir ninguna monarquía “oriental” y “absoluta”. Dicho de otro modo: los ilustrados que previamente hicieron pensables y posibles las revoluciones y las asambleas constituyentes, eran gente que sabía griego y latín y leía a sus clásicos. De otro modo, ¿cómo hubieran podido idear y argumentar cosas como república, democracia y constitución? Y entonces, si los clásicos no hubieran existido en aquellas partes antiguas del Mediterráneo europeo o si nadie los hubiese vuelto a leer jamás, ¿dónde estaríamos nosotros ahora y cuál hubiera sido nuestra propia historia contemporánea? No lo sabemos, pero en el movimiento del péndulo siempre hay una parte en la cual el rey es la ley y “el estado soy yo”, o donde la ley civil más alta no es aquella que forma un libro votado por los ciudadanos, sino la que sale de un libro dictado por un Dios a su enviado o enviados en la tierra. Hay una diferencia, y los griegos la vieron con claridad perfecta. De lo que pasó después, no tienen ellos la culpa.